

La velada en Sodzil

Justo Sierra Méndez

Siguiendo el ejemplo de mis compañeros, seré muy breve. Todos los literatos decimos esto cuando nos proponemos obligar a nuestras indefensas víctimas a soportar el sacrificio de oír una lucubración de sesenta horas de trabajo condensadas en una hora de lectura. ¿Qué más podemos hacer? ¿Qué menos? Ni más ni menos. De modo que preparaos a sufrir un poco; habéis gozado con el panal de *xtaventún* (*sic*) con que los poetas os han regalado; habéis gozado con los exquisitos goces que este pequeño y selecto paraíso brinda a los ojos y al alma, gracias a las encantadoras castellanitas de Sodzil, y es justo que un poco de fastidio y de pena ponga de relieve el valor de los placeres delicados que aquí se os ofrecen.

Cuando supe que debíamos leer aquí cuatro poetas yucatecos, desde luego pensé en prosa, escribir en prosa; ¿dónde coger tiempo, a pesar

de la prodigiosa cantidad de tiempo petrificado en las maravillosas ruinas yucatecas, para fraguar esa obra del demonio que se llama "poesía"? El tiempo que existe allí es, ¡ay!, tiempo pasado, yo necesitaba el presente.

Y luego me dije: ¿y sobre qué escribir?, ¿qué leer aun cuando sea en prosa? Mi primera contestación, la natural en todo literato viejo y ducho, fue ésta: escribir sobre política. Es lo primero que a un literato se le ocurre; la fórmula de los literatos es ésta: mucha política y poca administración. Hagamos, pues, literatura política: digámosle al presidente: señor presidente: habéis dado por fin un cordial abrazo a Yucatán; habéis sentido latir junto a vuestro corazón el corazón de un pueblo, gran corazón también; lo habéis hecho vuestro eternamente; Yucatán no os olvidará, y cuando hayáis entrado al periodo de los monumentos y las estatuas,

Palabras pronunciadas en la fiesta que se dio en la hacienda de Sodzil al presidente de la República, general Porfirio Díaz, durante su visita a Yucatán en 1906. Se publicaron en un periódico local y de allí fueron recogidas por los editores de *El Reproductor Campechano*, que las reprodujeron en el número 4-5, correspondiente a julio-octubre de 1947. Resulta muy interesante contrastar el ánimo de Justo Sierra en esta fiesta porfirista con la crónica que de la misma velada hace Fernando Benítez en su libro *Ki: el drama de un pueblo y de una planta*, F.C.E., México, 1956, pp. 96-117.

cuando empecéis vuestra vida de mármol y de bronce, un bronce y un mármol conmemorarán, en forma imperecedera, la gratitud de los yucatecos; ésa no muere, yo sé bien que no muere. Y habéis venido aquí, impávido ante mucho riesgo de que no habéis querido ni siquiera hablar, para terminar en una soberbia fusión de confianza vuestra y entusiasmo nuestro, la obra de la unión indestructible de Yucatán y la patria. El hijo de los que en horas aciagas creyeron necesaria la patria chica os lo jura; habéis sellado la suprema reconquista de Yucatán por la patria grande, con solo venir aquí, con solo tender la mano. Nada, ningún interés material y económico, ni político, exigían esa unión: tenía que ser una unión del alma, imperecedera por tanto; hecha está: la habéis hecho, y para ser testigo de esta obra espiritual, habéis traído a la que en vuestra obra social ha sido una incomparable colaboradora; a la energía de vuestra voluntad conjugada con imperiosas exigencias del pueblo mexicano, debéis vuestro prestigio político; pero esta parte de luz y de sonrisa que necesita todo prestigio en la sociedad, a ella lo debéis, y Yucatán lo siente, y se lleva tras ella una gran canción de amor y bendición suave y melancólica y profunda, como los versos de adiós de Peón Contreras traducidos en sollozos por la guitarra de Chan Cil. La presencia de Carmelita ha

hecho de vuestro saludo a Yucatán no solo un abrazo, sino un beso. En los tiempos legendarios vino por aquí una emperatriz, infortunada señora; muchos la recuerdan; hoy ha venido una de esas soberanas que las repúblicas y las democracias bendicen, de las que la modestia, con la bondad, con la inmaculada virtud de la vida, con el don divino de hacerse amar, se forman su corona. Nadie la olvidará.

Pero no es conveniente mi tema político para la velada de Sodzil. La política entre las flores me recuerda un verso de Horacio, que en este instante se me olvida (acaso porque lo ignoraba), y que en sustancia dice que a veces brota el áspid del capullo de una flor; si tuviera la temeridad de insistir para felicitar al dueño de esta casa, o nido o ramillete, por la renovación de sus poderes para seguir haciendo el bien del Estado que tanto le debe, la oposición me saldría al paso, acaudillada por el más simpático, el más prestigioso e irresistible de los jefes, por Teresita Molina, la espiritual y linda muchacha que, con la instintiva y egoísta cordura del cariño filial, quisiera disputar al bien público la devoción de su padre que su hogar necesita, y de que su hogar vive.

Y bien, señores (en cuántas escabrosidades me voy metiendo), escogeremos un tema o dos temas, o tres, históricos. Yucatán es el pueblo más histórico de América; es decir, que



quiso ser más histórico. Por desgracia, ante la interrogación premiosa de nuestra ansiedad, los inmensos libros de piedra, llenos de palabra, de pensamiento, de creencias y de historia, permanecen mudos; allí está lo que sintieron y dijeron, no los constructores, pobres pueblos sometidos, sino los que idearon las construcciones, los próceres, los sacerdotes, los reyes, los déspotas, los que nos regalaron esas reliquias sublimes preñadas de misterio y de arte. ¡Benditos sean! Qué sorda desesperación esa de dar vueltas en torno de un enigma sin acertar a disiparlo. El templo, el sepulcro, el relieve, resultan una gran ironía exasperante. Pude, arrastrándome, ponerme frente a la cabeza esculpida en la cripta funeraria, al pie del Templo del Adivino en Uxmal; no hay nada más bello en todo cuanto los tiempos arcaicos en el Oriente, en Grecia, en la India, nos han dejado; en la sonrisa arcana de aquella boca llena de dulzura sensual y de deseo de vivir y dar la vida, en los ojos egipcios que ven sin pupilas, que ven más por ende, que ven más lejos; en la palpitación voluptuosa de la nariz fina, argollada de oro, hay tanta intención de decir, de revelar, de contar, de hacer las confidencias de un alma comprimida por la mano de piedra del rito, semejante a un ave estrujada por la garra de un Chacmool, que el que está ante ella espera, en silencio, un vocablo, un sollozo, un beso.



Entrada a la Hacienda Sodzil, El día que habló Justo Sierra, *Album conmemorativo de las fiestas presidenciales, Mérida, 1906.*



Dejemos este tema; ni besos, ni sollozos, ni palabras. ¿Pero lo dejaremos de veras? ¿Pues qué Yucatán concluyó su historia, allí en la historia que se ignora? No, todavía vive el Yucatán colonial en muchas poblaciones de la península; pero sobre todo el Yucatán de ayer, el de la guerra de castas; la rebelión de los antiguos sometidos a los sacerdotes de itzaes o toltecas, acostumbrados probablemente a ahogar en sangre civilizaciones exóticas; la que trató de incendiar la península y no dejar de sus ciudades piedra sobre piedra, y matar, o convertir a sus pobladores blancos en esclavos; la que casi ejecutó su designio. ¿Y qué hacen los poetas yucatecos con esta epopeya?, ¿por qué no brota de los labios el canto épico, el canto de la reconquista, de la angustia y del instinto y del valor desesperado? Ellos no la cantan, pero la cuentan las ruinas de ayer que aún no restauran el aliento nuevo, la nueva fuerza que ha hecho una vara mágica de la erecta púa del henequén; la cuentan las casas con las entrañas arrancadas por la zarpa de la invasión, los altares despojados, las torres privadas de sus lenguas de hierro, y mucho todavía chamuscado por la tea, y mucho todavía ensangrentado por el machete, y mucha flor yucateca es aún la flor de los cementerios. Afortunadamente, como promesa que aquí nada ha de morir, nada puede morir, por calles, caminos y vías crece en todas partes, con

estupenda profusión, la siempreviva, el emblema de lo inmortal.

No; éste es un tema triste; busquemos otro. Un amigo me decía en Lerma: "¿Está usted en oración frente al mar?" Estaba yo en oración frente al mar (aquí entraría bien una descripción; el sol como un huevo de oro resbalando de no sé qué regazo azul; en el mar las nubecillas —no había grandes nubes en ese ocaso—, como los cisnes de la bahía, surcaban lentas el cielo azul). Todo era recuerdo, todo dolor, todo cruel deleite íntimo; era la resurrección de mi alma olvidada, de mi alma aleteando en el borde de la juventud, de la fuente que todos creemos perenne. "¿Y por qué no hace usted otra 'Playera'?" —me preguntó de súbito, en el fondo de mi arrobamiento, una limpia y pura voz de muchacha campechana. "¡Ah, no! —contesté sobrecogido— resultaría un llanto, un lamento de agonía; tornarían a ser lágrimas las perlas que hallé en las olas. La 'Playera' es la juventud; ¡adiós, juventud!; los viejos nos entretenemos en decir este adiós todos los días; pero ese adiós no lo contesta nadie; la juventud está ya muy lejos".

¿Y por qué estos pesares, estas añoranzas tristes? ¿Qué más queremos los viejos, que haber convertido nuestra juventud en la juventud de otros, que haberla dado, que haber visto retoñar en otras almas de la nuestra formadas? Yo ¿qué anhelo grande no he visto casi realizado?



¿Qué he pedido a la vida que no me haya dado? Un hogar que vive y da calor a otros hogares y, como dijo el cantor de Junín, una sonrisa de la patria, ¿qué más puedo desear? He sabido amar: mi compañera y yo hemos encendido juntos una lámpara que arderá sobre nuestras tumbas juntas. ¿La patria? He sido un humilde sacerdote de su religión. ¿Qué más puede querer un poeta?

Quiero hacer "la playera", quiero hacer la "playera" de la vejez. ¿Por qué no? Cuando el alma aletea al borde de la muerte se tienen clarividencias extrañas, amores no expresados,

intuiciones inefables; la dulce niña no viene de la colina próxima, pero baja del alma para venir a la playa. Sí; rehagamos la "playera", la de la vejez.

Aquí está la lira; el mar, apenas verde, casi negro, tramado de oro; la luna nacara levemente el cielo con su pálida aurora. La voz que hará vibrar su lira será toda mi alma, mi aliento entero. La inspiración, como dicen los retóricos, viene ya; la onda sube del corazón al labio; ¿onda amarga?, ¿dulce? La onda llega al labio; la playera está aquí; resuena la canción del mar... Héla... Oíd.

Febrero, 1906

Justo Sierra, Porfirio Díaz y Olegario Molina, entre otras personalidades, *Album conmemorativo de las fiestas presidenciales, Mérida, 1906.*

